

Cuadernos del Salegar

Revista de Investigación Histórica y Cultura Tradicional

Editores: *Roberto Calvo Pérez y Juan José Calvo Pérez*

Año II Número 2 Febrero 1996

EL CARNAVAL EN QUINTANA DEL PIDIO

El Carnaval ha muerto; ha muerto, y no para resucitar como en otro tiempo resurgía anualmente. Era una fiesta de corte antiguo. Hoy queremos ser modernos ante todo. Ha dado cuenta de él una concepción de la vida que no es ni pagana ni anticristiana, sino simplemente *secularizada*. Se comprueba que la sensación de que el Carnaval estaba en decadencia y aun muerto la tenían ya bastantes personas desde hace tiempo.

Pero pensamos que mientras el hombre ha creído que, de una forma u otra, su vida estaba sometida a fuerzas sobrenaturales, el Carnaval ha sido posible. Desde el momento que todo se reglamenta, hasta la diversión, siguiendo criterios políticos o concejiles, atendiendo a parámetros de "buen gusto"... el Carnaval no puede ser más que una mezquina diversión. Todos sus encantos y turbulencias se acabaron.

Sin embargo, el Carnaval merece respeto. Puede que sea el tiempo festivo que más ha perdurado en la conciencia lúdica de las gentes de nuestro pueblo de Quintana del Pidio, incluso en contra de las prohibiciones al uso del tiempo pasado.

En este segundo número de "*El Salegar*" pretendemos recoger algunos de los datos que aún pululan en la memoria de las gentes de Quintana del Pidio dándolos una pequeña explicación. Seguro que son muchos más. Queremos agradecer a quienes nos han narrado algunos de los hechos que desconocíamos.

Si en verdad el Carnaval ha muerto, esta revista tampoco lo quiere resucitar. Pero, ¿es cierto que ha muerto en Quintana?

1. Significado y calendario del Carnaval

Quiérase o no, como afirma Caro Baroja, el Carnaval (*nuestro* Carnaval) es un hijo (aunque sea *hijo pródigo*) del cristianismo; mejor dicho, sin la idea de la Cuaresma ("Cuadragésima"), no existiría en la forma concreta en que ha existido desde fechas oscuras de la Edad Media europea.. Entonces se fijaron sus caracteres. Ello no quita para que quedaran incluida, dentro del ciclo carnavalesco, varias fiestas de raigambre pagana, para que el Carnaval no llegara a resultar un periodo en el que sobre-exaltaban ciertos "valores paganos de la vida", en contraste con el periodo inmediato, de duelo, en el que se exaltaban los "valores cristianos".

Acercarse a las costumbres de estas fiestas significa adentrarse en la conciencia (o subconciencia) colectiva de muchos siglos, porque semejantes ritos se han repetido año tras año, aquí y allá por multitud de generaciones.

Lo chocante ante el hecho carnavalesco es que a partir de un momento en el que se fijó el orden del año cristiano, se estableciera también un periodo con un contenido social y religiosamente definido frente a otro inmediato, y que al uno se le hallase caracterizado por un comportamiento individual y colectivo *contrario justamente* al que caracteriza o debe caracterizar al otro.

Así, pues, el tiempo de Carnaval está cargado de intenciones no solamente sociales, sino también psicológicas. El hecho fundamental de poder enmascararse le ha permitido al ser humano, hombre o mujer, cambiar de carácter durante unos días o unas horas..., a veces hasta cambiar de sexo. Inversiones de todo tipo, "introyecciones", proyecciones y otros hechos turbios, de los que nos hablan hoy los psicólogos y psicoanalistas, podrían ser ilustrados probablemente a la luz de las licencias carnavalescas.

Parece ser que el significado lingüístico más probable hay que estudiarlo en función de la idea cristiana de la llegada del ayuno y de la entrada de la Cuaresma. Los nombres más antiguos son: *Carnal*, *Carnestolendas* y *Antruejo*.

En síntesis, podemos afirmar que nos encontramos antes de Cuaresma: a) con un periodo en el que se puede comer carne (*Carnal*); b) con un periodo en el que la carne ha de dejarse (*Carnestolendas*), c) aludiendo a una fase preliminar, anterior a los ayunos, esto es, *Antruejo*.

Respecto al tiempo que comprende el Carnaval no hay unanimidad, dependiendo de zonas. El esquema clásico en Castilla hasta hace poco era: *Jueves gordo*, *Domingo de Carnaval*, *Lunes*, *Martes de Carnaval*, *Miércoles de Ceniza*, *Domingo de Piñata*. Pero antiguamente, parece ser que los días del ciclo festivo eran más, señalándose, al menos, *el Jueves de Comadres*.

Según nos han narrado, en Quintana estaba la *Semana de todos* (para preparar los disfraces), *el Domingo Gordo o de Carnaval* (los mozos mataban el lechazo por la mañana), *Lunes* (para ir pidiendo por las casas) *Martes de Carnaval* (celebrar las meriendas) y *Miércoles de Ceniza* (entierro de la sardina).

2. Actos carnavalescos en Quintana

Desde un punto de vista social lo que imperaba en estos días era un desenfreno de hechos y palabras; así, la inversión del orden normal de las cosas tenía un papel primordial en la fiesta. Quedaba claramente expresada la alegría oficiosa frente a la tristeza obligada del Miércoles de Ceniza.

Con esmero y antelación se preparaban los **disfraces**, que servirían para dar colorido al ambiente. Las mozas procurarían ir de *Serranas* o con vistosos *mantones de manila*; todos, en fin, sin saberlo o conociéndolo, querían aflorar esos deseos e ilusiones confesadas o inconfesables que latían en lo más íntimo.

Otro aspecto típico de nuestro pueblo era " *echar pegas*". En el fondo, responde a esas licencias lúdicas que permitían estas fechas y que en otra ocasión podrían ocasionar conflictos de convivencia. Consistían sencillamente en llamar a alguien y según fuera su respuesta, si ésta era afirmativa se le exclamaba:

*"Si no hubieras hablao
no te la hubiera pegao;
¡eh, eh, que te la pegué!"*

Si no contestaba:

*"A los sordos, cagajones gordos;
cuanto más sordos, más gordos;
¡eh, eh, que te la pegué!"*

Y en ambos casos, a coro y al final, se cantaba:

*"ésta no es pega, ni peguete,
es un cuerno que se mete por el ojete".*

Junto a ello, eran típicas las meriendas. Los mozos, en la bodega (incluidos almuerzo y comida), las mozas en alguna casa vieja; y los niños en el hogar de quien correspondiese por azar (se echaban las cartas y a quien le llegara la *Güeva* -as de oros de la baraja-).

Especialmente entre los jóvenes iba unido al pillaje: robar gallinas, pollos o conejos, quitar la merienda a las jóvenes... junto con los corderos que se mataban para tal ocasión. Todo estaba permitido, aunque desagradase. Los chicos iban pidiendo por las casas; se admitía cualquier donativo, pero se solía corresponder con patatas, huevos y chorizos; cuando no llegaba, se ponía a escote en especie.

Era todo el pueblo solidario en la fiesta. Y por ello, se contrataba música para el **baile**. Solían ser tres días (domingo, lunes y martes de Carnaval). "Es que antes había mucha más diversión sana y fiestas que ahora", se nos ha dicho. Algún año se contrató a los *Anises* de Mecerreyes, y si no, a los del pueblo: los *Cacivas* o *Quiacivas*, esto es: los difuntos Eloy, Esteban y Diego. En sesiones de mediodía y noche.

3. Los Peleles y Zarramocos

Otra práctica muy corriente y llamativa era la de que en las casas se colocara un muñeco que recibía el nombre de "**Pelele**", y que la Academia ha descrito como "figura humana de paja o trapos que se suele poner en los balcones o que mantea el pueblo bajo en las Carnestolendas". Se solía pasear por las calles, bailar con él, mantearle...

Un texto del pintor y escritor Gutiérrez-Solana al hablar del final de Carnaval en una barriada madrileña nos puede ayudar a imaginármole: "¡Ahí te quedas sobre tu tumba! Los canallas bailan, beben y se emborrachan, mantean a un pelele tan infeliz como tú, que han tenido la víspera toda la noche colgado y balanceándose en medio de la calle y riéndose toda la gente de él, vestido con un largo levitón y sombrero de copa encontrado en la calle. En la cabeza, de trapo blanco, tiene pintarrajeada la cara, la cabeza cubierta por un pañuelo negro atado. Monigote que te ponen elevado con los brazos en cruz y con una escoba al hombro encima de un montón de heno entre los sembrados para asustar a los pájaros".

En nuestro pueblo, la tradición del Pelele estaba muy arraigada. Expresión de ello es la canción que aún se recuerda:

Como es Carnaval,
como es carnaval,
coge niño al Pelele,
cógele que se va.
No se va, no
que en la manta está;
amante marinero
vendrá y lo cogerá.

El pobre Pelele
no come a la mesa
porque se le pone
la barriga tiesa
(otros: *pilila*).
Su madre le quiere,
su padre también.
Todos le queremos
y arriba con él.

El pobre Pelele
ya está empelelado,
porque lo que tiene,
lo tiene arrugado.

Su madre le quiere,
su padre también.
Todos le queremos
y arriba con él.

Otro aspecto igualmente destacable es la existencia en la fiesta carnavalesca de Quintana del Pidio de los **Zarramocos**. Con este nombre se designaba a todos aquellos que se disfrazaban para no ser conocidos e iban por las calles asustando a los niños y pidiendo por las casas.

Intentando profundizar y conexas esta figura, encontramos la existencia en otros lugares de parecidas funciones designadas con nombres como *zamarrón*, *zaharrón*, *zafarrón*... En Cantabria llaman *zarromaco*, *zarromoco* o *zarramaco* a un mascarote con la cara manchada de carbón que en ciertas danzas hace de bufón, iniciando la entrada de ellas; el *zorromoco*, como también se le denomina, va unas veces vestido de pieles, agitando un palo con vejigas; en otras aparece vestido de levita con un sombrero de copa lleno de flores (nos recuerda las danzas del cercano pueblo de Fuentelcéspedes). En todas las manifestaciones, los estudiosos encuentran su relación con algunas danzas antiquísimas.

4. Manjares para "chuparse los dedos"

Ya hemos aludido a este tiempo como anterior al rigor del ayuno cuaresmal. Desde este dato y uniéndolo al carácter culinario y gastronómico que los pueblos han ido creando en torno a las fiestas, pasamos a recoger los dulces que marcaban el tipismo carnavalesco en Quintana.

Quizá sea la **cagadilla** (en otros sitios, guirlache) el producto más recordado durante estas fechas. Unos sencillos productos -azúcar tostada y almendros, o cacahuetes, con unas gotas de aceite- hacen un delicioso producto. En las meriendas de los niños, una vez dividido en tantos trozos como comensales, procurando la justicia, se escondía uno de los susodichos en un cuarto cercano y se le iba preguntando: "¿para quién es esto?" hasta distribuirlo entre todos.

Las **horejuelas** (u hojuelas) son de paladar más exquisito. Se bate muy bien el huevo con una cucharada de aceite, se va añadiendo poco a poco la harina, pero no toda, reservando como la cuarta parte para trabajar después la masa. Se pasa al mármol u otra superficie lisa, bien enharinada, se amasa procurando dejar la masa muy fina. Se corta en tiras, que se fríen en aceite abundante y bien caliente. Una vez escurridas y frías, se pueden rociar con miel o no, según las preferencias particulares.

Los **muñuelos** o **buñuelos** igualmente se convierten en Carnaval en un postre obligado. Receta sencilla recurrente a elementos diarios: huevos, pan y azúcar.

5. El entierro de la sardina

Todo tiene su inicio y su fin. El Carnaval surge como preámbulo dislocado de la Cuaresma. Llegados al culmen carnavalesco con el Martes, el miércoles de Ceniza sabe a austeridad y ayuno. Pero antes se precisa dar muerte carnavalesca. Esto es lo que se pretendió en diversos ámbitos europeos; en tierras castellanas se condensó en el rito del entierro de la sardina.

A este escritor le ha resultado sorprendente conocer que en Quintana también se diera este acto, dato que desconocía. Tenía lugar el Miércoles de Ceniza, de noche, en dirección hacia el cementerio. Se nos ha hablado de que iban de luto, con uno que se disfrazaba de

cura, cantando canciones ininteligibles de tono lúgubre y portando una caja (simulando un ataúd) donde se llevaba una sardina.

En el *Diccionario* de Madoz aparece un texto amplio que nos ayuda a comprender mejor su sentido: "Se reduce a disfrazarse varias parejas de frailes, curas y demás empleados de la iglesia, llevando pendones, estandartes y mangas de la iglesia extrañas, con escobones o jeringas por hisopo, orinales por calderilla. Estas turbas conducen al hombro, en unas angarillas, un pellejo o bota de vino con una careta o un pelele en cuya boca ponen una sardina [...] cantando lúgubrementemente, imitando a los cánticos de los entierros y aspergando a los circunstantes en sus fingidos responsos con los escobones llenos de agua. [...] Algunos creen que en el entierro de la sardina se simboliza el del Carnaval para entrar en el tiempo santo; pero en este caso deberían enterrar la carne y no el pescado. Sin embargo, lo que parece positivo es que en la antigüedad, cuando se comía de vigilia toda la Cuaresma, se acostumbraba a enterrar un canal de puerco al que se daba el nombre de sardina, cuyo uso se ha corrompido con el significado que hoy se da a este pescado".